



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

La patada de Aguirre

Algo pasa en lo futbolístico, desde luego, que la selección mexicana retrocede en vez de avanzar. Pero algo pasa extrafutbolístico también, que disminuye la calidad del juego y revienta entrenadores de cuya calidad demostrada es imposible dudar. Lo mismo si se trata de Ricardo La Volpe, de Enrique Meza, de Hugo Sánchez, de Sven-Göran Eriksson o, ahora, de Javier Aguirre.

De distintas maneras, todos revientan, a cuenta de sus malos resultados pero a cuenta también de un entorno público adversario y adverso. No hay paciencia para sus fracasos ni se les pide nada menos que el éxito inmediato. La presión externa termina siendo insoportable y cada quien se quiebra a su manera. Aguirre, tirando una patada instintiva de antiguo jugador.

Hace más de un año, cuando estaba en curso la demolición del antecesor de Aguirre, me referí a la mecánica de la opinión pública que produce estas crisis continuas a las que siguen soluciones providenciales, que anuncian en su improvisación la crisis que sigue (*MILENIO*, 3/4/08).

La mecánica es más o menos así:

La afición necesita soñar que su equipo es grande. Los medios necesitan que la afición sueñe con la grandeza de su equipo, pues eso garantiza audiencia y negocio.

Se juntan el hambre con las ganas de comer. Público y medios construyen el sueño, se convencen de que el equipo está para cosas grandes. Si juega mediocrementemente es porque no está a la altura de lo que puede jugar. Si juega maravillosamente unos minutos, ahora sí lo vimos en su verdadero nivel.

La presión colectiva del sueño cae desde el primer momento sobre los jugadores y el entrenador, pero éste es el que da la cara a

los medios. Debe ponerse en sintonía con las expectativas del sueño. Empieza a prometer triunfos y logros.

El sueño es grande y el equipo queda siempre por debajo de él. La ira de la afición y de los medios por los pobres resultados cae sobre los jugadores que han fallado y, en particular, sobre el entrenador.

Los que inventaron el sueño están en las gradas y en los medios. Pero es más fácil echar del escenario al entrenador que a los jugadores, al público o a los medios.

Cumplido el sacrificio del responsable, puede reiniciarse la invención del sueño, que llevará al siguiente despertar y al siguiente sacrificio.

Nada de esto explica ni justifica que Aguirre pierda la cabeza. Pero dice algo de lo que había en la cabeza de Aguirre cuando la perdió. ■ M

acamin@milenio.com

